



RELAMI

Rede Ecumênica

Latino-Americana de Missiolog@s

Facultad de Humanidades/UAEM - Cehila.
Cuernavaca, Morelos, 28 de octubre de 2002.

Coloquio Internacional "Pensamiento y movimientos socio-religiosos en América Latina en la época contemporánea, 1960-1998".

Mesa: Nueva patrística latinoamericana

**Presentación de monseñor Samuel Ruiz
El Caminante.**

de Carlos Fazio¹

Chiapas, México, 10 de febrero de 2000. Bajaron de las montañas y entraron en caravana a San Cristóbal de las Casas, por los cuatro puntos cardinales. Eran miles de indígenas. Más de 15 mil. Habían llegado a la ciudad mestiza para despedir al obispo local, Samuel Ruiz, quien el 25 de enero de enero anterior había cumplido 40 años de servicio episcopal. Llegaron a expresarle su fervor y su cariño.

Un par de meses antes, el 3 de noviembre, al cumplir sus 75 años, el "Tatic" Samuel (padre en lengua indígena) había presentado su renuncia al papa Juan Pablo II, como marcan las normas del derecho canónico. La Santa Sede todavía no designaba a un sucesor, luego de la escandalosa remoción de quien había sido previamente destinado para ello: monseñor Raúl Vera.

Por ello, la despedida del obispo de San Cristóbal tenía un significado especial. Más que religioso, político. Al punto que la víspera, el nuncio apostólico en México, Justo Mullor había clausurado de manera intempestiva su viaje a esa ciudad colonial de Los Altos de Chiapas, donde iba a presidir la ceremonia.

Las declaraciones de dos sacerdotes de San Cristóbal sobre la sucesión de Samuel Ruiz provocaron una aireada reacción del nuncio. Desproporcionada. Tanto, que sonó a excusa. Lo cierto es que en un furibundo comunicado Mullor explicó "sus razones", y pareció avalar los ataques de los poderes locales y federales contra este obispo indómito, más no desobediente. Al conocerse la noticia hubo preocupación en la curia diocesana. Pero don Samuel absorbió el golpe. Ante la prensa habló de la unidad entre su iglesia local y el Vaticano, aunque dijo que "en la unidad siempre hay tensiones".

La ausencia del nuncio —y de un cardenal y un par de obispos mexicanos que se solidarizaron con el embajador del Papa—, no menguó el brillo y calor de los festejos. La multitud ni siquiera se enteró de las ausencias de los dignatarios católicos, acostumbrados como están al abandono de los poderosos.

El obispo quetzal

1 Carlos Fazio, uruguayo naturalizado mexicano, es periodista y escritor. Es colaborador de **La Jornada** y corresponsal del diario **Clarín** de Buenos Aires y del semanario **Brecha** de Montevideo. Es docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue director de la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (**Alasei**) y de **El Día Latinoamericano**. Entre su obra publicada figura: *La Cruz y el Martillo*. Una biografía política de Sergio Méndez Arceo; *Samuel Ruiz. El Caminante*; *El Tercer Vínculo*; *Juan Pablo II, el guerrero de Dios*, y *UNAM, Presente ¿y futuro?*.

Al alba de aquél día, el padre Clodomiro Siller abrió el libro *Tonal pohuali* y consultó el calendario maya, para saber los signos del día —su tiempo y su espacio— que le tocaban esa jornada al festejado.

La fecha era 12 flor. Tres veces cuatro. Cuatro es la totalidad cósmica. Tres, la mediación, el viento entre el cielo y la tierra. El signo que se debe vestir en un día como ese es el quetzal, la hermosa ave de plumas verdes que jamás puede estar en cautiverio. El ave de la libertad. Su lectura fue clara: Samuel, el mediador, el indomable.

No daba todavía el mediodía cuando la figura del "Tatic" apareció por la puerta de catedral portando su bandera verde de Jcanan Lum (protector y guía del pueblo), que le habían entregado los indígenas en Amatenango. Le acompañaban los 13 ancianos principales, como denominan a los sabios de las etnias. Habían llegado de las siete regiones pastorales de la diócesis. Detrás iban diez obispos — monseñor Vera entre ellos — y un grupo de indígenas que enarbolaban las 52 banderas que simbolizan el siglo maya.

Juntos dieron tres vueltas alrededor de la vetusta cruz de piedra en medio de la explanada, formando un caracol. De fondo crecía una música de arpas, guitarras, flautas y tambores. Recibían así a los peregrinos. Los sabios, algunos no tan viejos y otros de rostros centenarios con arrugas como surcos, llevaban trece cirios e incienso para proteger a sus pueblos. El sonido de los caracoles desde los cuatro rincones del mundo, representados en la plaza catedral, simbolizaba el caminar de sus antecesores muertos.

Después, obispos y ancianos se dirigieron al templete, coronado por un gran Cristo sufriente en la cruz. Tres grandes jarrones dorados lucían nubes y crisantemos blancos. De frente al pueblo, los 13 principales prepararon la oración y el fuego nuevo. Abajo habían quedado las 52 banderas, que ahora formaban una cruz. Al centro colocaron ramos de flores rojas, negras, blancas, amarillas, azules y verdes. Y velas con los colores de la cruz maya. 13 cirios, 13 incensarios y 13 manojos de juncia representaron la totalidad del mundo, los 13 niveles del cosmos, los 13 días de la creación maya y el tiempo todo involucrando la totalidad de lo que existe.

Una música de arpas, guitarras y sonajas dio inicio a una danza ritual, bailada por los concelebrantes, incluidos los obispos; algunos prelados la siguieron con movimientos torpes y acartonados, pero hicieron el esfuerzo. Vivían el momento.

Después vino la oración y la liturgia en tzotzil, ch'ol, tzeltal, tojolabal, inglés y español. Pidieron por el Papa y los obispos; por el "Tatic" Samuel y el "Tatic" Vera; por los catequistas de la diócesis perseguidos, encarcelados y asesinados; por los sacerdotes expulsados por el gobierno mexicano. Por Oscar Arnulfo Romero, Sergio Méndez Arceo, Martin Luther King, Mahatma Gandhi, Teresa de Calcuta y los miles de mártires y profetas que dieron su vida por la vida.

Otro ruego que se oyó fue por "los militares y policías que tienen que cumplir órdenes", para que "no extralimiten órdenes en contra de sus hermanos", quizá inspirado en la última homilía del arzobispo de San Salvador, Oscar Romero, quién clamó: "En nombre de Dios, cese la represión" y fue ejecutado por un grupo paramilitar del ejército salvadoreño.

Una plaza escucha, toda ojos y oídos, siguió la emotiva ceremonia bajo un sol plomizo en la plaza frente a catedral, cuya fachada semeja un gran huipil (blusa bordada indígena) de colores amarillo y rojo que no han logrado apagar las lluvias de cinco siglos. Allí, don Samuel, homenajead, recibió las ofrendas de sus feligreses: pan y vino, los documentos del Sínodo Diocesano, granos de maíz, frijol y trigo, que simbolizan la "cosecha" de sus 40 años como obispo.

Miles de indígenas tzeltales, tzotziles, tojolabales, zoques y choles, portando sus sombreros y enfundados en sus trajes típicos multicolores abarrotaron la plaza y entonaron el Aleluya al son de una marimba festiva ejecutada por las hermanas Díaz, de largas cabelleras y vistosas faldas chiapanecas.

Habían llegado en peregrinaciones desde sus comunidades distantes, caminando en la madrugada por senderos y parajes perdidos a pasos cortos y rápidos, dejando atrás sus rústicas cabañas hechas de barro y troncos. Era una multitud de rostros prietos, de trenzas negras las mujeres, pequeñitos todos, con sus ojos rasgados y la nariz aguileña, gritando a los cuatro vientos su perfil maya.

Le acompañaban un puñado de sacerdotes y frailes que han sustituido los pulcros alzacuellos blancos y almidonados por camisas desteñidas por el sol y la lluvia de los caminos. Curas y religiosas de huaraches y morral al hombro, sudorosos, que comen lo mismo que el indígena, duermen donde les caiga la noche y comparten las frágiles chozas amasadas con lodo.

Y que como los indios de Chiapas, sufren también represión, cárcel, persecución y exilio.

La diócesis de San Cristóbal fue fundada en 1539 y hoy reúne a un millón y medio de fieles desperdigados en más de dos mil misérrimas comunidades, en su mayoría rurales e indígenas.

La catedral del siglo XVI cobija el sueño de una Iglesia que persiste en ser liberadora y pobre; el mismo sueño de su primer obispo, el fraile dominico Bartolomé de las Casas. También se le conoce mundialmente como "la catedral de la paz", porque en ella se efectuaron en 1994 los diálogos de paz entre el gobierno mexicano y la guerrilla zapatista, con la mediación de Don Samuel.

Como dijo Andrés Aubry, el historiador de la diócesis, "en Chiapas la presencia de la Iglesia católica es más fuerte que la del Estado". Más de tres mil ermitas, algunas de tabla y palma, con pequeños y rústicos altares de madera cubiertos con plástico — como la de Acteal, donde en vísperas de la Navidad del 97 fueron asesinados por paramilitares 45 indígenas tzotziles mientras oraban —, salpican la geografía chiapaneca, cubierta desde el estallido zapatista por un sinfín de retenes y bases militares y policiales.

En aquellos días, hace apenas dos años, más de 60 mil soldados, apoyados por aviones y tanquetas vigilaban día y noche a la indómita población maya, que ha protagonizado varias rebeliones a lo largo de su historia. La cruz y el fusil enfrentados en estas inmensidades chiapanecas, en una guerra silenciosa que lleva cinco siglos.

La cólera del nuncio

La despedida del "Tatic" Samuel estuvo precedida por un encuentro teológico "Del Concilio Vaticano II al Tercer Milenio", que congregó a más de 500 delegados que llegaron de todo el mundo, entre ellos varios superiores y superioras de órdenes religiosas de Roma.

Durante el encuentro se denunció la situación de guerra que vivía —y vive aún— la diócesis de San Cristóbal, signada por la creciente militarización y paramilitarización del conflicto, merced a una política contrainsurgente de Estado que persigue la destrucción de las comunidades y su cultura, y el exterminio de indígenas.

Destacados teólogos y sacerdotes latinoamericanos enfatizaron el aporte de esa Iglesia en resistencia, autóctona, pobre y de rostro indígena, que construye su propia teología a partir de su caminar concreto. La polémica "Teología India" de la que don Samuel es uno de sus máximos impulsores continentales, pero de efecto tan urticante entre los eurocentristas caciques de la fe, allá en Roma.

Una diócesis que en esos días había procedido a la ordenación de cerca de 400 parejas de diáconos casados, que pueden oficiar sacramentos, casar y bautizar, lo que desató otro doloroso punto de conflicto con la Santa Sede.

De hecho, la ordenación de diáconos pocos días antes de la despedida del obispo y sendas declaraciones de sacerdotes muy cercanos a don Samuel, que criticaron la "política de Estado" del Vaticano en los trámites sucesorios en la diócesis, provocaron una muy dura declaración del nuncio Mullor, un español cercano al Opus Dei, y la cancelación de su visita.

En 1995, cuando el esgrima militar estratégico entre el gobierno y los zapatistas estaba en su apogeo, y Samuel Ruiz se erigía como el hombre clave para mediar en una negociación que condujera a una paz justa y verdadera en Chiapas, Roma, por presiones del presidente Ernesto Zedillo, le impuso un coadjutor al obispo, monseñor Raúl Vera, con plenos poderes y derecho de sucesión.

Pero la realidad chiapaneca *convirtió* a Don Raúl como antes a Samuel Ruiz, y los poderosos de Chiapas y de México exigieron su remoción. El 28 de diciembre de 1999, el Vaticano anunció la decisión de Juan Pablo II de "promover" a Vera a la diócesis de Saltillo. La medida generó una aguda polémica y exhibió las intenciones de los sectores

conservadores de la Iglesia católica de llevar a cabo un verdadero "desmonte" de la obra pastoral de Samuel Ruiz.

El riesgo de una Iglesia cómplice

Ese día, el tema no estuvo ausente en las homilias de los dos pastores locales. Don Samuel habló del trabajo de contrainsurgencia del Ejército, que ha destruido en algunos lugares la identidad cultural de las etnias, y sin la cual no se puede dar el "sujeto histórico". Habló también de la necesidad de intensificar la Pastoral de la Reconciliación, sobre todo "cuando otros conciben la paz como un mero mantenimiento del orden, mediante la vigilancia militar".

Dijo que comprendía las funciones del nuncio Mullor y sus "razones profundas" y que más allá de los vínculos jurídicos o estructurales ambos seguirían juntos en la búsqueda *de la verdad que libera*, aunque a veces deba ser también *liberada*. Habló de las decisiones que se toman en la Iglesia católica, en un proceso vulnerable, con lecturas e interpretaciones diferentes de una misma realidad, sometida por intereses, presiones externas, luchas de poder, tensiones y contradicciones.

Las palabras de Raúl Vera —el sustituto frustrado, ahora exiliado de Chiapas por haberse contaminado de esa Iglesia rebelde de rostro indígena—, fueron una defensa a ultranza de Samuel Ruiz, a quien le recordó que si no hay cruz no hay resurrección. "Nos hemos acostumbrados a verte cada día crucificado", le dijo. Alabó su coherencia. Su contribución para que los indios pobres de Chiapas sean hoy *sujetos* y protagonistas de su propia historia. El haber servido a la paz en medio de la guerra. El haber sabido soportar la insidia de quienes se sienten inseguros de su poder. Y levantó la voz cuando dijo: "No hay paz donde no haya justicia, donde se violan constantemente los derechos humanos como sigue sucediendo en Chiapas".

Pero sería monseñor Alvaro de Ramacini, obispo de la vecina Guatemala, quien arrancaría una consigna de la multitud. El prelado de San Marcos sostuvo que "la opción por los pobres, por los campesinos y los indígenas es una opción a la cual la Iglesia en América no va a renunciar, *porque si renuncia se hará cómplice de un Evangelio que no es el Evangelio de Jesucristo*". Su señalamiento provocó que la gente, a coro, gritara: "Queremos, obispos, al lado de los pobres".

Tal vez eso fue lo que el nuncio Justo Mullor no quiso oír ni presenciar en San Cristóbal. Habían pasado casi cuatro horas, cuando los 13 ancianos en el templete, junto a don Samuel y don Raúl comenzaron a repartir el fuego nuevo, que marca el fin de un ciclo y el comienzo de otro. El ciclo que terminaba eran los 40 años de Samuel Ruiz al frente de la diócesis, repasado y refrendado por decenas de oradores que participaron en la ceremonia aun a contracorriente de la fría sanción del nuncio apostólico. El ciclo por venir despertaba entonces dudas y temores. La sombra de un "desmonte" de signo conservador planeaba sobre San Cristóbal, igual que antes había ocurrido en Cuernavaca, la de don Sergio. Aunque, "El Caminante", don Samuel, tenía y tiene confianza en las semillas que junto con su pueblo pobre y creyente sembró.

A manera de epílogo

Quiero terminar con una anécdota bi-personal; es decir, abarca, circunstancialmente, a "Tatic" y a mí. En noviembre de 1994, cuando se presentó *Samuel Ruiz. El caminante* en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, uno de los presentadores fue un conocido periodista norteco, Jorge Zepeda Patterson. Palabras más, palabras menos, entre las cosas que dijo a modo de crítica, planteó que al leer el libro, por momentos sentía que se presentaba a un niño Samuel perfecto, a un seminarista romano estudioso y disciplinado, a un obispo medio superhombre... Es decir, que se reproducía la idea sobre las figuras ejemplares de la Iglesia católica.

Por eso, ahora, en vez de recoger pintorescos datos biográficos de don Sam, de su caballo *Siete Leguas* de Ocosingo, de hablarles de su encuentro inicial con los indios de Chiapas, de *aggiornamento* y conflicto en la Iglesia del último medio siglo, de su toma de conciencia en Riobamba y Medellín, de sus broncas con el Estado mexicano, la Curia romana, el ex nuncio Prigione y aún sus hermanos obispos, de su caminar de pastor por

la frontera entre la vida y la muerte, de la insurrección zapatista, la mediación y el regreso de la *leyenda negra* sobre Samuel Ruiz, de su pastoral indígena, en fin, de todo eso, preferí dar un *testimonio personal* acerca de la ceremonia de despedida.

¿Por qué? Porque fueron las comunidades indígenas, el pueblo pobre, digno y combativo de Chiapas, el que, ése día —como muchas veces antes—, identificó y honró a don Samuel, de manera sencilla, como un padre de proyección mexicana, latinoamericana y mundial, y rindió un caluroso homenaje a su pensamiento y práctica liberadora. Pensamiento, acción y acompañamiento que, en el caso de "Tatic" Samuel, ha venido nutriendo a un par de generaciones socio-eclesiales del continente y que por ello, sin duda, forma ya parte de la nueva patrística latinoamericana.